

Nuevamente la Atlántida ?

Platón dejó en su TIMEO la maravillosa relación de la gran catástrofe ocurrida en la Atlántida, inmensa isla colocada más allá de "las columnas de Hércules". Después de señalar el poderío de los reyes de aquellas tierras "más grandes que Libia y Asia reunidas", describe en pocas palabras la gran catástrofe: «Escucha, Sócrates, dijo Cristias, una historia admirable pero muy cierta que contaba Solón, el más excelso de los siete sabios...»

"Se informó de las tradiciones antiguas por medio de los sacerdotes más sabios (de la ciudad de Saís en Egipto) y reconoció por las relaciones que tuvo, que ni él, ni Solón ni ninguno de los griegos, tenían el menor conocimiento de la antigüedad..."

"Entonces, el más sabio de los sacerdotes exclamó: No conserváis vosotros ningún recuerdo de los siglos pasados; no poseéis ningún conocimiento de los primeros tiempos. Esta ignorancia se presenta a causa de las diversas mortandades y destrucciones que ha experimentado vuestra nación. Las mayores se han producido necesariamente ya sea por conflagraciones súbitas ya por inundaciones generales y las menores por otras mil calamidades; así lo que entre vosotros se cuenta de Phetón, hijo del sol, que al montar en el carro de su padre, puso fuego a la superficie de la tierra y él mismo fue víctima de los fuegos celestes a causa de que no supo manejarlos. Este relato por fabuloso que parezca, debe ser sin embargo, mirado como verdadero..."

«Solón entonces, lleno de admiración, rogó insistentemente a los sacerdotes de esa isla que le hicieran conocer las obras de sus antepasados. Un sacerdote le dio esta respuesta: La envidia, oh Solón, no será obstáculo para que os demos a conocer gustosos, en consideración vuestra y de vuestra patria, estas tradiciones... En lo que a nosotros respecta, nuestros sagrados libros relatan la historia de unos 8.000 años a esta parte...»

"...Se refiere que vuestra ciudad en otros tiempos resistió contra ejércitos numerosos de enemigos que, salidos del mar Atlántico, invadieron casi al mismo tiempo a Europa y Asia, pues en esa época nuestro mar se atravesaba fácilmente. En su desembocadura, en el sitio que llamáis "columnas de Hércules", había una isla más grande que Libia y Asia reunidas...»

“...En la isla Atlántida gobernaban unos reyes de formidable poderío, cuyo reino se extendía sobre toda la isla, sobre muchas otras y sobre una gran parte del continente... Todas sus fuerzas reunidas invadieron nuestro país y también el vuestro, oh Solón, en una palabra todo lo que se halla más acá de las “columnas de Hércules”.

“Entonces Atenas se mostró por el ánimo de sus habitantes, superior a las demás ciudades y a los otros pueblos. Su coraje, su habilidad en la guerra resplandecieron de modo maravilloso. Ora unida a los demás griegos, ora sola y reducida a sus solas fuerzas por causa de la flojedad de los pueblos vecinos, fue postrada primero a la última extremidad, pero se levantó, venció a sus enemigos y devolvió a sus alados el precioso bien de la libertad.

“Inmediatamente después, un terrible temblor de tierra junto a un diluvio causado por una lluvia continua y torrencial de un día y de una noche, entreabrió el suelo que devoró a todos vuestros ejércitos y la Atlántida desapareció bajo el mar. Por eso, desde ese momento este mar ha sido difícil para los navegantes a causa del cieno y de los bajos fondos dejados por la isla al sumergirse”.

Al escribir su diálogo, Platón no se imaginó nunca que con el andar del tiempo, todo un caudal de tinta correría sobre estas páginas inmortales. Poetas y científicos han extraído de allí materiales inmensos y con ellos han alcanzado algunos los gajos de la consagración apolínea.

Moisés Jacinto Verdaguer, el gran poeta catalán autor de “*Canyigó*” de “*Monserrat*”, de “*Lo somni de sant Joan*”, de “*Cansons*” y de “*Cants mistichs*” es de este número a pesar de la carencia de fondo humano y de las opiniones de Imbelloni.

Las letras universales, en estos días de catástrofe y de dolorosos episodios, celebraron el 17 de Mayo de 1945 el centenario del nacimiento de este poeta que supo pintar con trozos de fuerte dramatismo los días tormentosos y las luchas titánicas entrevistas por su rica imaginación en la tierra de los atlantes.

Nacido en una región que da vista al Mediterráneo; empapadas sus pupilas con las aguas salobres que lanza sus rompientes contra los acantilados y provisto, además, de una feraz imaginación lista siempre a captar escenas y paisajes exóticos y a crear figuras extrañas con los elementos brindados por las viejas tradiciones y por los mitos helénicos; era natural que estuviera en capacidad de tejer el gran poema épico de la ATLANTIDA, grandioso por su concepción, por sus personajes y por los símiles que emplea.

Hércules es una de las figuras centrales; él es el fundador de Barcelona; él quien tiene que acometer en lucha fragorosa a los atlantes sobre su propio suelo y es su esposa PIERNE la que con su muerte da nombre a la cadena montañosa de los Pirineos quemados por el incendio que semejaba una "serpiente inmensa de bermejas escamas".

El punto decisivo de esta lucha de proporciones ciplópeas está relatado en el canto cuarto cuando describe el temblor inmenso de la tierra ante el golpe de la clava de Hércules que se descarga sobre Gibraltar en el intento de lanzar las aguas detenidas por aquella barrera de tierras sobre la famosa Atlántida, mientras Hércules acaba de abrir el estrecho y separa de esta suerte el Africa del continente Europeo.

Muchos símiles de verdadera belleza se escapan de la ilustrada imaginación del poeta como cuando compara a los "Genios del Averno" con "murciélagos suspensos en la roca" que tratan de arrastrar a las moles inmensas al fondo del abismo en el cual "se escuchan subterráneos alaridos" juntamente con la fulgurante "respiración de una forja de cíclope".

Sus descripciones son verdaderos cuadros vivos de notable realismo; acaso no se siente el fragor de las aguas cuando expresa:

*"Allí el Volga, el Ródano y el Ganges
en revuelto montón
con sus arenas van y con sus rocas
a sumirse en el fondo del turbión"?*

Mientras tanto

*"Ventiscas, huracanes y relámpagos
juntos van con horrisono fragor
a la conquista de la madre tierra
y a saciar de sus buitres el clamor!"*

Y el hundimiento definitivo de la Atlántida junto con la aparición de la "Boca del fuego del Teyde" no puede ser más gráfica; allí el mar "*Escucha y muge*" como si quisiera recomenzar su tragedia; es esta la voz del volcán acerca del cual pregunta Verdaguer:

*"Ah! no habéis oido su potente voz?
se agita por las nubes como el trueno"*

a fin de referir —dice—

"A otros mundos nacientes

*la gran tragedia
con sus fauces ardientes".*

Un reguero de islas rodea entonces el Teyde —“mástil de roto navío”— como fragmentos dispersos “*de Jezabel la impura*”, de modo que cuando los siglos a su paso contemplarán este gran desastre dirán:

*“Ved a donde conduce
La senda del placer”.*

Es éste uno de los finales con que corona toda aquella inmensa lucha de los titanes contra la afluencia de las aguas después de que han construído torres monumentales en las cuales han pretendido guarecerse de las inundaciones; pero que, a pesar de todo, después de haber subido hasta el cielo, han tenido qué “*besar el polvo*” y después también describir las batallas de Hércules contra sus rivales Anteo y Gerión y de demostrar cómo el Teyde o Tenerife, sirve de lápida funeraria a todo quél montón de escombros.

La escena final tiene tonos más apacibles pues deja entrever en la superficie ya sosegada de las aguas, la ruta conquistadora de los bajeles de Colón con la figura de su protectora la reina Isabel.

Son éstos, a grandes rasgos, algunos de los puntos de la concepción épica de Verdaguer; en verdad, no ha habido otro poeta que haya sacado mejor partido de la tradición conservada por el filósofo griego en sus diálogos; ni Francisco Bacon en su “Nueva Atlántida” ni el marqués de Pimodán, ni Nepomuceno Lemercier han podido igualar la fantasía creadora, la riqueza de vocablo, lo trágico de las pinturas y el majestuoso dramatismo de los cantos del poeta de Cataluña.

Podemos pues, afirmar, que “poéticamente hablando” la Atlántida es un hecho; ella ha sido algo tangible, fue una isla poderosa que ha tenido sus roces íntimos con los humanos de hoy y seguirá teniéndolos en el futuro mientras aiente en las generaciones venideras una chispa del arte que hace dioses a los hombres.

Pero preguntémonos: “científicamente hablando” ha existido la Atlántida?... En este terreno surgen vacilaciones y dudas; aquí no existen las afirmaciones dadas por la certeza como en el campo de la poesía. Los científicos más realistas y más desconfiados, no se contentan con los bellos mitos, sino que prosaicamente interrogan una y otra vez a la Geología, a la Astronomía, para ver qué secretos pueden sorprender en sus arcanos.

En la antigüedad, algunos parecen aceptar este hecho como: Diodoro de Sicilia, Plutarco, Plinio y Pomponio Mena; sin embargo, una negativa escapada de un cerebro poderoso hizo ya desde entonces brotar la duda; se trata de Aristóteles, quien en una frase de terrible concisión la declaró muerta: "El mismo que la creó la destruyó", dijo hablando de la Atlántida de Platón, frase que recuerda la que se dijo respecto a Troya.

Han corrido, sin embargo muchos siglos y no hay unanimidad entre los científicos como la hay entre los poetas; varias hipótesis, algunas de ellas en completa oposición, se han forjado; la gran mayoría puede reducirse a tres ya que varias no merecen la pena que se las tenga en cuenta. La primera es la de aquellos que niegan rotundamente su existencia en los *tiempos conocidos por la humanidad* y tal vez no les falte razón. La segunda sostiene que una notable porción de tierra se extendía frente a las costas de Europa y fue el puente que sirvió de contacto entre los antiguos pobladores de América y Europa. La tercera, afirma más cautelosamente, que pudo existir un territorio en el Atlántico, no importa dónde se le coloque, (en el sitio actual de las Azores, en la continuación de la península bretona, etc.), conocido por el hombre cuaternario, pero en todo caso, cerca de un sitio de tierras emergidas, cuya continuación era, y no de muy extensas proporciones.

La existencia de una Atlántida que sirvió de puente para el poblamiento de América se halla, con toda certeza, descartada por todos los datos de la prehistoria y de la Geología. Los sondeos realizados con el fusil de sondeo y por otros medios ingeniosos en los fondos marinos, que permiten en el espacio de pocas semanas ejecutar un trabajo que antes se llevaba a cabo penosamente en varios años, ha permitido levantar la carta geográfica del relieve submarino. Por este medio, se sabe que la depresión del Atlántico se halla formada por los inmensos valles separados por una especie de cordillera que tiene la dirección general norte-sur y que sigue más o menos de cerca las mismas curvas señaladas por las costas, tanto del oeste de Europa y África, como del oriente de la América. Todo este inmenso relieve, junto con los datos que se tienen acerca de la flora y de la fauna, de su distribución geográfica y de sus relaciones ecológicas, muestran hasta la evidencia que no pudo haber en los tiempos conocidos por la especie humana, ningún continente en medio del Atlántico..

Los geólogos nos hablan de una inmensa isla que "pudo" haber existido durante la época terciaria durante la cual desapareció; pero como nos dice la misma geología, y la paleontología, en esos remo-

tos tiempos el hombre no había hecho su aparición, de modo que no pudo tener ningún conocimiento directo de tal territorio. Y si se aceptan las atrevidas concepciones del geólogo Wegener de las traslaciones continentales, según las cuales las Américas se alejaron en un lejano día de las costas de Europa y de África —de ahí el que conserven sus bordes los mismos contornos— menos aún queda lugar para suponer una Atlántida allí encajada.

Luego, si se quiere de todos modos suponer una Atlántida, ella debió ocupar un territorio relativamente pequeño en sitios cercanos a las costas de Europa. Para Pierre Termier (1913) esa Atlántida existió con mucha probabilidad; piensa este geólogo que mucho tiempo después de abierto el estrecho de Gibraltar —lo que geológicamente parece un hecho— quedaban algunas tierras emergidas y dice: "Sólo una cosa queda por demostrar, y es la posterioridad del cataclismo que hizo desaparecer esas islas, al establecimiento de la humanidad en la región occidental de Europa. El cataclismo no es dudoso. Pero existían hombres que hubieran podido sufrir el contragolpe y transmitir luego su recuerdo? Todo el asunto está ahí".

La etnografía y la prehistoria hubieran debido dar la respuesta, pero hasta el presente, no hay ninguna evidencia de este hecho; no hay ni en el cabo Verde, ni en la Azores ni en las Canarias ningún residuo de las antiguas culturas neolíticas del continente y no se encuentra, por otra parte, ninguna planta que haya sido introducida en esos tiempos para la alimentación de esos posibles moradores. Todas aquellas que hoy se cultivan fueron introducidas en tiempos recientes.

Por este motivo, Augusto Chevalier, después de su fructuosa exploración científica por el archipiélago del cabo Verde, dejó asentado: (noviembre de 1935) "O la Atlántida de Platón es un mito, una ficción relativa a un estado utópico, o es en otra parte del globo en donde debe buscarse su localización".

Varios investigadores han tratado en efecto de señalar otro sitio; algunos, provistos de escasos documentos, han indicado la existencia de dichas tierras, no en el occidente sino en el oriente del Mediterráneo y se refieren no a otro hecho que la circunstancia del paso del mar rojo por los israelitas en donde fue devorado un ejército bajo las aguas, circunstancia que coincide con la alusión de Platón al ejército sepultado y al origen de la tradición que era egipcio, tradición que, según los defensores de esta hipótesis, habría sido alterada en el curso de las edades. Mas, como bien lo recuerda Imbelloni, todos los que hablan de la Atlántida es porque han leído a Platón y nada más.

Otros, llevados siempre por la idea del Atlántico, han dicho que esas tierras se hallaban colocadas entre la Bretaña e Irlanda; sería la antigua tierra de Thule que se extendía como una prolongación de las costas bretonas y normandas dentro del Atlántico. Por la geología se sabe que así ocurría; que aquella región estaba señoreada por un clima húmedo oceánico, más cálido que el clima oceánico actual y que el Sena desembocaba en el golfo allí formado. Pero la submersión se efectuó cuando el hombre existía? Es éste el problema. El profesor Gidón no lo pone en duda; dice que el fenómeno ocurrió en la edad de bronce; según esto, sería posterior o contemporáneo a la época de los dólmenes, monumentos extraños dejados por razas salidas de la India, y que jalonaron su extensa ruta con ellos; se les encuentra en la India, en el Mediterráneo, en el oeste de Europa hasta Escondinavia.

Frente a las costas bretonas se hallan residuos de dólmenes sepultados bajo las aguas; en este punto, pudieron los antiguos habitantes ser testigos de los fenómenos que así hicieron desaparecer sus tradicionales reliquias; y si todo este hundimiento coincidió con el de la región vecina a las costas hasta Irlanda, entonces sí puede hablarse de un hundimiento de tierras que serían en este caso la famosa Atlántida; la submersión hubiera, pues, abarcado una faja de tierras cuya extensión, en todo caso, no hay que suponerla excesiva.

Para muchos, es esta una de las hipótesis más sugestivas, y las pruebas que se alegan, aunque precarias, son de las más sólidas en el mundo de las Atlántidas forjadas por la fantasía.

Se sabe que los archipiélagos de Maderas, Canarias, Azores, y Cabo Verde, son de origen eruptivo; muchos se preguntan si no serían los restos del supuesto continente desaparecido. Pero al lado de este interrogante cabe también preguntar si no fueron más bien, las eminencias que alcanzaron aemerger, luego de la efusión de sus rocas y del levantamiento de sus materiales volcánicos, y que el resto nunca ha aparecido sobre las aguas?

Augusto Chevalier asienta a este respecto: "Nada prueba que todas las islas macaronésias hayan formado parte de un continente o que hubieran tenido en el pasado una extensión mayor que la que tienen en nuestros días. Todo tiende a aprobar más bien, que han surgido del océano completamente aisladas unas de otras y que su extensión no ha sido sensiblemente mayor que la que hoy presentan".

El abate Th. Moreux, uno de los vulgarizadores contemporáneos más notables en lo que se refiere al conocimiento de las Atlántidas ficticias, poéticas y científicas, es de opinión de que, si hubo una Atlántida, ella debió estar colocada en la región de las Azores.

El *Challanger* —célebre embarcación en el campo de las ciencias oceánicas, que en 1872 recorrió en 5 meses una longitud equivalente a unas tres vueltas al rededor del mundo— verificó 370 sondeos profundos, 255 medidas de temperaturas submarinas, 120 dragages, y 111 golpes de sonda, la mayoría en el Atlántico; pudo comprobarse por este medio que uno de los puntos más cercanos al nivel marino con un adecuado soporte de tierras, se halla en las cercanías de las azores; las observaciones fueron hechas a lo largo del paralelo 40 al norte.

No es dudoso —dice el abate Moreux— que en época reciente los grandiosos pliegues Alpinos y los del Atlas, se hayan hundido en esa región. Las cimas de las Azores son aún altas cadenas cuyas bases se hallan ahora arropadas por las aguas y orientadas de este al oeste; las sierras de estas regiones han descendido pues, en conjunto al abismo en época relativamente reciente.

En su apoyo cita las afirmaciones del geólogo Pierre Termier que hizo después del accidente acaecido en 1898. Un navío se hallaba ocupado en la colocación del cable telegráfico que une a Brest con el cabo Cod. El cable se había roto; mientras se hacían las diligencias para sacar del fondo las extremidades hundidas a unas 500 millas al norte de las Azores, salieron fragmentos —junto con los garfios utilizados para sujetarlas— de una lava vidriosa llamada *taquilita* que tenía la composición química de los basaltos y era muy semejante a los vidrios volcánicos de las islas Sandwich. Su estructura recuerda la de los vidrios basálticos que no han podido consolidarse bajo altas presiones sino al aire libre. Termier dice que a 3.100 metros, profundidad a que fueron hallados estos fragmentos, hay la presión suficiente para que se hubiera formado una estructura cristalina más bien que coloidal o vidriosa; de ahí deduce que estos terrenos, aunque hoy sepultados bajo las aguas, debieron en otro tiempo estar al aire libre, después de lo cual debieron hundirse en tiempos relativamente próximos a los nuestros. En todo caso, el hecho debió ocurrir hace más de 9.000 años, esto es, antes que el tiempo señalado por Platón para su gran cataclismo; pero se sabe que el hombre es de edad más remota ya que *Al Homo sinensis* hallado en la cueva de Choukoutien, se le han calculado unos 150.000 años de existencia.

Existen pues, para los defensores de estas tesis, posibilidades de que algunos representantes de la especie humana hubieran tenido qué ver algo con este accidente que tanto ha preocupado a historiadores, científicos y poetas.

Los geólogos y científicos de diverso orden que aceptan las ideas del sabio Termier, han respondido a aquellos que interpretan en forma demasiado rigurosa las nuevas ideas dadas por la Geología posterior a Buffon y a Cuvier referentes a la lenta evolución de los fenó-

menos actuales, que si bien, la teoría de los cataclismos y de las grandes catástrofes informó la mente de los primeros investigadores de las capas de la tierra y que luego fue suplantada por la de los fenómenos que van obrando lenta y paulatinamente sobre el relieve terrestre, no quita esto el que de vez en cuando algún fenómeno brusco venga a interrumpir el silencio y la tranquilidad que se cernían como amos durante milenios sobre las plácidas ondulaciones de las cordilleras de la esfera en la cual nos ha tocado en suerte vivir.

Y qué pensar de aquella edad de oro del tiempo de Cristias, por medio de la cual Platón quiere llevarnos a sitios de ensueño y de hermosas realizaciones entre la civilización de los atlantes?

Dejemos a Paul Rivet que nos dé una respuesta.

“Nuestros conocimientos en prehistoria —dice— son ya bastante seguros y precisos para poder afirmar, con absoluta certeza que la edad de oro descrita por el gran pensador griego no pasa de ser un mito poético y encantador. “Estas divagaciones del filósofo ateniense, completadas con su *República ideal*, fueron las que llevaron también a otro pensador, a Tomás Moro, a crear su UTOPIA, en donde resplandece así mismo en primer término la fantasía que rueda en medio de un mundo de imposibles, dadas las características de la humana naturaleza, tan cercanas al barro de la tierra y cuya mirada se halla sin embargo clavada tan alto”.

En resumen: los poetas, encabezados por Jacinto Verdaguer han creído en la Atlántida; más aún, la han visto; han presenciado su tremenda agonía y el estertor de su paroxismo final en medio de imprecaciones de titanes y de seres escapados del Averno.

Los científicos, después de fatigosos tanteos y de admirables interrogantes a las del pretérito en jornadas que han absorbido el esfuerzo de generaciones sabias, sólo nos pueden responder con un TAL VEZ... Otros esfuerzos seguirán, a pesar de dogmatizantes que en gestos imperativos quieran imponer silencio sobre este tema, como el de Taylor quien declara ante su propio tribunal “imperfectamente educados” a todos aquellos que sigan tocando estos problemas...

... Mientras tanto, el fantasma de la Atlántida increpa desde el fondo de los abismos:

.....
“.....qué importa
que el divino Platón
muestre la historia
en las estrellas
que mi nombre dibujan

si de mí, ingrato,
olvidas la memoria
y si el inmenso mar
mis espaldas flagela
sin jamás descansar”??

R. H. DANIEL